

Acevedo, Ramón Luis. *Los senderos del volcán. Narrativa centroamericana contemporánea.* Colección Editorial Universitaria. No. 86. Guatemala: Editorial Universitaria, 1991.

Los senderos del volcán ofrece doce calas en la narrativa centroamericana del siglo XX, subrayando la originalidad y el valor de esta literatura, y la necesidad urgente de tenerla en cuenta al escribir la historia de la narrativa latinoamericana en general. Al justificar su libro, Ramón Luis Acevedo explica que sus ensayos incluyen algunos artículos publicados con anterioridad y otros inéditos, pero cree que forman un conjunto cohesivo porque todos representan un esfuerzo por “abrir brechas, desbrozar caminos, transitar senderos dentro del ya vasto y accidentado terreno de la narrativa centroamericana del siglo XX” (6). Añade además que estos ensayos son resultado de sus lecturas y relecturas tanto de textos consagrados como de reciente publicación, llevadas a cabo desde la ideología crítica dominante durante los diez años que preceden a la publicación del volumen. De estos doce ensayos, cuatro exploran la literatura guatemalteca y cuatro la salvadoreña, dos se ocupan de la hondureña, mientras que la costarricense y la nicaragüense son objeto de un ensayo cada una.

La ficción guatemalteca es el tema de los ensayos 1, 2, 5 y 10. El uno y el dos estudian dos textos de Rafael Arévalo Martínez. El primero examina *Las fieras del trópico* (escrito en 1915), una novela corta sobre el arquetípico dictador hispanoamericano que Acevedo considera un relato “excepcionalmente original” y mucho más actual que otros textos posteriores que se estudian como antecedentes de la novela sobre el dictador (11). El segundo se ocupa de la novela *Las noches en el Palacio de la Nunciatura* (1927), cuya forma y contenido delatan “una sensibilidad muy moderna” que se adelanta a su época. Para Acevedo, *Las noches* es una “pequeña obra maestra del grotesco hispanoamericano y una auténtica aproximación a la literatura del absurdo” (25).

El quinto ensayo estudia no la significación de un texto específico sino la de un fenómeno histórico poco estudiado: la presencia de la colonia alemana en la literatura hispanoamericana. Para ello se vale de su representación en la ficción criollista escrita entre 1932 y 1953. El décimo ensayo vuelve a centrarse en un sólo texto —contemporáneo en este caso. *Después del tango vienen los moros* (1988) es una novela lírica en la que el poeta Luis Alfredo Arango presenta “desde una perspectiva autobiográfica, los elementos esenciales de la historia y la intrahistoria guatemaltecas en las décadas centrales del siglo XX” (141).

La literatura salvadoreña es el tema de los ensayos 3, 6, 8 y 9, y como es el caso en los dedicados a Guatemala, tres estudian textos específicos y uno (el 9) ofrece una visión de conjunto, dedicada en este caso a la violencia en la novela. El ensayo

tres examina *O'Yarkandal* de Salarrué, el más prestigioso cuentista salvadoreño, desde los conceptos de lo fantástico y lo maravilloso de Todorov, apuntando que esta colección crea “mundos verbales casi autónomos, de extraña y deslumbradora belleza, paralelos al mundo *real*” (39), que anticipan la corriente *irrealista* de la literatura actual (49). Casi igual conclusión lleva el ensayo seis, un análisis de *Trenes* (1940) de Miguel Angel Espino, obra que, como sugiere el subtítulo de este ensayo, se presta a ser leída como “*Texto de goce y metanovela vanguardista*” (89). El último libro salvadoreño examinado por Acevedo es *Cenizas de Izalco* (1966), el único escrito por una mujer —la conocida poeta y narradora Claribel Alegría— y que se estudia aquí como producto de la colaboración con su marido, el norteamericano Darwin Flakoll. Para Acevedo, la escritura misma de esta novela viene a ser emblemática de “la armonización posible” (109) de las varias polarizaciones clasistas, raciales y genéricas que dividen el mundo hispanoamericano.

Los dos ensayos dedicados a Honduras se ocupan de dos obras de un mismo autor, el conocido y joven novelista Roberto Quesada. El primero (ensayo 7), examina su primera colección de cuentos, *El desertor* (1985). Acevedo subraya el doble compromiso artístico y político del autor, que se manifiesta en sus experimentos lingüísticos y en la novedad de sus estrategias narrativas tanto como en la seriedad de su denuncia social. El segundo (ensayo 12), estudia *Los barcos* (1988), su primera novela, como una acertada y artística representación del mundo del Caribe hondureño. Acevedo concluye que se trata de una “novela ágil, amena, rebosante de humor y deseos de vivir; optimista, sin ser enajenante; denunciatoria, sin ser solemne o panfletaria; irreverente y provocativa; expresión del lenguaje y la mentalidad del pueblo hondureño” (176).

El cuarto ensayo, dedicado a Costa Rica, se titula “*El infierno verde: novela precursora de la actual narrativa hispanoamericana*”. Acevedo señala la novedosa aportación a la novelística continental llevada a cabo en 1935 por esta novela. *El infierno verde*, que trata de la Guerra del Chaco y no de Costa Rica, fue escrita por José Marín Cañas para aumentar las ventas del periódico para el que trabajaba, presentándola como la crónica real y anónima de un soldado paraguayo. Leído desde el contexto de las teorías literarias más recientes, el texto es, según Acevedo, uno de los más imaginativos y técnicamente revolucionarios de la novelística hispanoamericana de principios del siglo XX.

Castigo divino (1988) de Sergio Ramírez es la única novela nicaragüense estudiada por Acevedo. Se trata de una reconstrucción del pasado, lo que implica ya una reflexión sobre la relación historia-ficción, que se lleva a cabo desde el contexto de la Revolución Sandinista.

Para concluir este breve resumen sólo me queda decir que *Los senderos del volcán*, de Ramón Luis Acevedo, representa una valiosa aportación al estudio

de la ficción centroamericana, vista como parte íntegra del contexto más amplio de la literatura latinoamericana. Tanto al estudiar la originalidad de los textos de principios de siglo como la de los más recientes, Acevedo subraya implícitamente la imposibilidad de estudiar la literatura latinoamericana sin tener en cuenta la valiosa aportación de la narrativa centroamericana.

María A. Salgado
Universidad de Carolina del Norte
Chapel Hill

BIBLIOGRAFÍA